

LA LLEGADA DE ARTEMIO*

Para Sergio T. Serrano, por haber sido este texto escrito el día de su cumpleaños y pese al tema distante

*Las puertas del cielo no son de arcos tan altos
como los palacios de los príncipes;
los que entran aquí tienen que ir de rodillas.
¡Sírve me de mandrágora que me haga dormir!
Id a decir a mis hermanos, mientras me amortajan,
que ya pueden comer con sosiego.
John Webster, *La duquesa de Malfi*, Drama Nô.*

Artemio salió molesto, una vez más, del consultorio y se dirigió con rapidez a la taberna para olvidarse de los recuerdos que le habían brotado. Quería olvidar cuando su primo Moisés lo había tomado de los brazos hace ya más de cuarenta años y le había dicho al oído –Ahora serás más feliz, sabrás lo que es el amor de primos–. Nunca podría olvidar ese día, nunca, y menos con la ayuda del psiquiatra y sus pastillas. Así, pese a no querer, se recordó del dolor terrible que Moisés le provocara, y al instante le vino el rostro de Moisés, adulto, sonriéndole y saludándolo en el funeral de la Nana. Recordó cuando la Nana entró en la cochera y descubrió a los primos en el acto. Moisés replicó “un juego” y Artemio no acertaba a pensar cómo lo explicaría. Sorpresivamente la Nana no dijo nada, o a lo menos los papás y los tíos nunca mencionaron el asunto. Tampoco Artemio (sólo a Brenda).

Llegó a la taberna y, como siempre, tomó el lugar del rincón y abrió su libro. Llevaba semanas leyéndolo y aún no lo podía terminar. Al parecer Lord Byron no era de su gusto pero eso ni él lo sabía. Después de una hora desistió tras sólo avanzar cuatro páginas y decidió adelantar el trabajo para descansar un poco la mañana siguiente. Sacó de su viejo maletín las facturas y comenzó la labor. Para cuando le mandaron la cuenta ya había terminado.

Artemio sabía que regresar a casa sería una mala idea pues Brenda y Lucía estarían en la sala para sermonearlo por salir una vez más de la consulta. —Ese doctor no se puede quedar callado— pensaba Artemio mientras caminaba por el Boulevard rumbo al *Stics*. Allí debían estar Jaime o Pedro. Al llegar al lugar vio el coche de Pedro en la acera del frente y entró. Lo buscó rogando que no hubiera logrado una cita para que pudiera hospedarlo esa

* La versión original de este texto fue publicada en: *Revista Literaria Ochocientos*, número 8, septiembre de 2003, pp. 13-14

noche en su departamento. Cuando lo alcanzó a distinguir sentado solo en una mesa se alivió y acercó a él saludándolo con ademán desde lejos. Pedro sonrió y le hizo una seña para indicarle que se sentara con él. Así, durmió caliente y reconfortado esa noche y a la mañana siguiente llegó al despacho extrañamente temprano, antes que el jefe.

Mientras Artemio seguía trabajando y la mañana se dormía, recordó también (gracias al doctor) cuando en la universidad entró a su dormitorio Jaime, su profesor de Economía Moderna, y lo invitó al concierto que cambiaría su vida. En ese concierto conoció las tabernas y la bohemia, ahí descubrió también a Count Basie mientras el sax se perdía en una lluvia de notas que lo abstraeron de la noche (que buscaba olvidar). Después del concierto Jaime lo llevó con la banda al bar *Arturo's* y allí conoció que el jazz y el sexo eran compatibles. Recordaba llorar a la mañana siguiente mientras la resaca del crack le llegaba y el dolor era irreprimible (maldito doctor).

Así terminó la mañana y seguía recordando. Decidió llegar a la casa pues Brenda había llamado más de diez veces al trabajo buscándolo pese a que lo habían cubierto diciendo que no estaba. Caminó casi una hora en vez del habitual taxi, era un pretexto ideal para alargar la llegada; pero tristemente llegó.

Brenda estaba en la cocina. Al abrir la puerta se olía el pescado y se alcanzaba a percibir el leve olor de la sandía que seguramente ahora era agua fresca. Así, buscó evitarla y caminó sigiloso al estudio y prendió allí el estéreo con el disco de Rush todavía adentro; así que se puso los audífonos y pulsó el *play* para abstraerse de los recuerdos que llevaban casi un día ya atormentándolo. Pero Rush le recordó cuando fue expulsado de la universidad y sus padres lo alejaron por ser él.

Recordó su llegada a Santa Julia buscando una ciudad que no le conociera y recordó también cuando supo que sería su hogar para siempre; cuando conoció a Brenda en la nueva escuela y cuando se casara pensando que estaba mintiéndose; cuando Lucía, su hermana, llegara también a Santa Julia huyendo de un marido que la golpeaba; cuando...

Brenda entró en el estudio con un rostro disgustado y aparentemente gritando. Artemio se quitó los audífonos y escuchó la estridente voz de su esposa quejándose de la angustia de no saber nada de él por más de un día. Artemio, como siempre, escuchaba sin quejas y al terminar la letanía sólo alcanzó a contestar –Gracias a su doctorcito tenía que estar a solas– Brenda hizo una mueca de coraje y le dijo –si quieres comer, está lista la

comida. Te hice tu filete de pescado, espero que eso signifique algo para ti— y salió sin decir más. Artemio siguió recordando y por primera vez en años surgió una lágrima de su rostro.

...cuando conoció a Pedro, a Jaime y a Julián y le enseñaron que no tenía que esconder lo que era; cuando se acercó a Julián y se enamoró de él; cuando lo encontró con otro en su departamento; cuando Pedro y Jaime lo consolaron dándole el placer más grande de su vida; cuando Brenda y Lucía se enteraron; cuando insistieron en el psiquiatra; cuando fue con él la primera vez. Recordó cuando comenzaron los problemas con Brenda y cómo ella comenzó a alejarse y su sentimiento de culpa al serle indiferente que Brenda lo hiciera o no.

Los recuerdos que le acosaban gracias a la insistencia del maldito psiquiatra que no entendía lo que era haber vivido tanto tiempo sin definir lo que era, que le atacaba con frases reconfortantes, tan falsas como la piel de las sillas del consultorio; esos recuerdos, esos recuerdos que habían estado guardados en un rincón oculto de su memoria le revivieron el sentir de cuando en la universidad el rector lo había follado tantas veces y luego expulsado al descubrirse la relación; cuando su padre le llamó por teléfono —¡Puto!— con un tono tan frío, cuando vio su cuenta de banco con tanto dinero que significaba no volver a ver a su familia; ese sentimiento que lo llevó a tragarse cuarenta y tantas pastillas que no le hicieron más que llegar a un lavado de estómago, ese sentimiento que desapareció al llegar a Santa Julia pero ahora lo había alcanzado en la misma ciudad que él creía que nunca lo encontraría. Así que Santa Julia ya no era un lugar seguro y por consiguiente no había porque seguir allí, así que no quedaba más.

Artemio salió sigiloso de la casa mientras Brenda aún estaba en la cocina, esperándolo, salió y al seguir caminando los recuerdos se alejaban una vez más. Al abordar el autobús Artemio sabía que aquella memoria estaba siendo guardada una vez más y sabía también que cada kilómetro de carretera que avanzaba era la reafirmación de que cuando llegara al nuevo refugio sería un Artemio diferente otra vez y sabía, también, que Brenda esperaría su llegada por meses; una llegada que Artemio no podía permitir que sucediera, una llegada que no se daría nunca.

Jonatan Gamboa
Ocho de mayo de dos mil dos